

El americanismo de Rafael Altamira como puente de una revolución intelectual

RAFAEL ALTAMIRA'S AMERICANISM AS A BRIDGE FOR AN INTELLECTUAL REVOLUTION

Ricardo Andrés Alfaro-Mancera*

Resumen: Este artículo explora los aportes del historiador alicantino Rafael Altamira y Crevea, quien en 1909 fue comisionado por la Universidad de Oviedo, institución en la que era catedrático, para realizar un viaje por instituciones educativas de Argentina, Chile, México, Perú, Cuba, Uruguay y Estados Unidos con el claro objetivo de restablecer las relaciones académicas e intelectuales entre América y España. Se hace hincapié en la trascendencia de esta visita, que se reflejó en la buena aceptación de las ideas del intelectual por parte de la opinión pública, la implementación de mecanismos para el intercambio de recursos humanos y materiales entre ambos continentes y su influencia en la construcción del proyecto de la Universidad Nacional de México.

Palabras clave: historia contemporánea; historia de la educación; universidad; intelectuales; España; América; extensión universitaria

Abstract: This article explores the contributions from Alicante's historian Rafael Altamira y Crevea, who in 1909 was appointed by the University of Oviedo, institution in which he was a professor, to travel to various educational institutions in Argentina, Chile, Mexico, Peru, Cuba, Uruguay and the United States with the definite intention of establishing academic and intellectual relationships between America and Spain. The transcendence of this visit is stressed, as the intellectual's ideas were well received by the public opinion as well as the implementation of mechanisms for the interchange of human and material resources between both continents and their influence in the construction of the project of the National Autonomous University of Mexico.

Keywords: contemporary history; educational history; universities; intellectuals; Spain; America; university extension

* Universidad Nacional Autónoma de México, México
Correo-e: ralfaro03@yahoo.com
Recibido: 28 de enero de 2019
Aprobado: 3 de abril de 2019



INTRODUCCIÓN

El historiador español Rafael Altamira y Crevea inició en 1909 su recorrido de un año por instituciones educativas de Argentina, Chile, México, Perú, Cuba, Uruguay, y algunas universidades del este de Estados Unidos. El fin principal de su viaje era difundir lo que podría considerarse la nueva visión que España tenía de América, perspectiva que a él le importaba que se divulgara en ambos continentes.

Al parecer, su estancia en Hispanoamérica fue fructífera, pues logró entablar relaciones académicas con destacados intelectuales americanos, entre ellos Justo Sierra en México. Estos vínculos trajeron como resultado un entendimiento que derivó en continuos intercambios universitarios, así como trabajos de colaboración que redundaron en una mayor atención de España hacia los problemas de las naciones americanas.

Durante los últimos años del siglo XIX, la mayoría de los intelectuales españoles tenía una visión limitada, incluso simple, vacía y mítica de América. Sin embargo, con el análisis de las modernas propuestas de Rafael Altamira es posible contemplar la diversidad, complejidad social, heterogeneidad y riqueza que el intelectual vio en Hispanoamérica, así como el deseo de compartir este conocimiento en su patria. A raíz de esto surgen algunas interrogantes: ¿cuál era el interés del alicantino por mostrar la realidad de Hispanoamérica a España y al mundo? ¿Por qué apoyó la Universidad de Oviedo su proyecto? ¿Cuáles eran las premisas culturales y políticas de su cruzada? ¿Logró sus objetivos?

Este artículo presenta, en primer lugar, una semblanza de Rafael Altamira para ubicarlo en espacio y tiempo; posteriormente, se profundiza en la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo, a fin de explicar la trascendencia que tuvo en América. Se analiza el tercer centenario de dicha universidad (ya en el siglo XX) y su papel como semillero del americanismo de Altamira y el grupo de Oviedo. Finalmente, se

describe la aventura intelectual del historiador por las antiguas colonias ibéricas, en particular, por México, y se hace énfasis en la trascendencia de su visita para la Universidad Nacional de México y la fundación de otras instituciones.

SEMBLANZA

Es importante contextualizar la vida y obra de Rafael Altamira y Crevea para entender su ideología y marcado americanismo. Nació en la ciudad de Alicante, España, el 10 de febrero de 1866. Fue hijo de Rafaela Crevea Cortés y José Altamira Moreno, músico militar que pertenecía al Partido Conservador. Se casó con Pilar Redondo en 1899 y de este matrimonio nacieron tres hijos.

Estudió Derecho en la Universidad de Valencia, además de varias asignaturas como Historia y Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. Cursó el doctorado en Derecho Civil y Canónico en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid; ahí colaboró con Francisco Giner de los Ríos, abogado también, pedagogo e intelectual liberal que impulsó la creación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) hacia el último tercio del siglo XIX y cuyas aportaciones más importantes fueron la defensa de la libertad de cátedra, que se oponía al dogmatismo del Estado, y la pedagogía como solución a los problemas de España.

Hacia 1897, Altamira ingresó como catedrático en la Universidad de Oviedo, donde realizó una gran labor de reforma pedagógica y, un año después, al lado de otros profesores de la Facultad de Derecho, fundó y colaboró en la Extensión Universitaria, cuyo objetivo era difundir los conocimientos generados en la universidad ovetense mediante conferencias, cursos y otras actividades ofrecidos a aquellas clases sociales que no podían acceder a ellos. Dichas labores se desarrollaron en la institución hasta 1920.

En 1909 realizó un viaje a América auspiciado por la Universidad de Oviedo para impartir

conferencias en diferentes centros académicos y universidades. Los países que visitó fueron Argentina, Chile, Perú, Uruguay, Cuba, México y Estados Unidos. Durante el periplo, Altamira pidió la ampliación del permiso para ausentarse de la universidad a causa de las invitaciones que recibió por parte de diversas instituciones y por el éxito obtenido en sus actividades. Sin duda, su viaje resultó fructífero, “pues entabló relaciones personales con gran número de los hombres más destacados en la vida intelectual americana” (Ramos Pérez, 1968: 186).

En 1931 fue nombrado decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid. Sin embargo, en 1939 se envió un documento dirigido al rector de dicha institución en el que el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Madrid solicitaba que se le informara urgentemente sobre la situación en la que se hallaba el catedrático Altamira en relación con el Movimiento Nacional, y si podía ser considerado como persona cercana a los ideales del nuevo Estado español. El rector notificó que:

por referencias y por el conocimiento directo que tengo del catedrático jubilado de esta Facultad, don Rafael Altamira es persona formada en la escuela liberal, perteneciente a la Institución Libre de Enseñanza y de ideas izquierdistas de lo que se vanaglorió en alguna ocasión, por lo cual estimo que no puede considerarse como persona afecta a los ideales del nuevo Estado (Ramos Pérez, 1968: 211).

Altamira fue exiliado de España en septiembre de 1936 y residió en La Haya hasta 1940. Después se trasladó a Bayona, Francia, donde permaneció hasta 1944, año en que viajó a Portugal bajo la protección diplomática de Argentina. En Lisboa colaboró brevemente en la Universidad de Coimbra antes de dirigirse a América, pues recibió ofrecimientos para visitar Argentina, Estados Unidos y México. Este último país lo convocó en abril de 1944 por medio del rector de la Universidad

Nacional Autónoma de México (UNAM), Rodolfo Brito Foucher.

El alicantino ingresó a territorio mexicano en ese mismo año y a partir de ese momento inició su labor en la UNAM al incorporarse a la sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, donde impartió la cátedra de Historia de la Civilización Española. En El Colegio de México colaboró desde 1946, impartiendo la asignatura llamada Preparación para las Investigaciones Históricas. Falleció exiliado en la Ciudad de México en junio de 1951.

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

A finales del siglo XIX (1898-1901) se creó la Extensión Universitaria adscrita a la Universidad de Oviedo gracias a la labor de un grupo de profesores liberales de la Facultad de Derecho conocido como el grupo de Oviedo. Entre ellos estaba el mismo Rafael Altamira, Leopoldo Alas ‘Clarín’, Ramón Pérez de Ayala, Leopoldo Palacios, José María Sempere, Jesús Arias de Velasco, Adolfo González Posada y Aniceto Sela, quienes aspiraban a institucionalizar las universidades populares en España tras el éxito obtenido en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. La finalidad de este proyecto fue:

la nueva extensión de la enseñanza científica, en cierto modo, llevada por la Universidad, pero que sale de sus confines, al pueblo que trabaja y no puede acudir a ella, es decir, un movimiento popular de educación social superior, con carácter privado o público en acción expansiva que la Universidad efectúa fuera de su esfera oficial docente (Palacios Morini, 1908: 126).

Este movimiento se ubicó en el marco crítico de la educación reformista española de 1897 a 1920. Sus mecanismos de actuación estaban enfocados a la transformación social mediante la educación,

recuperación de tradiciones locales, búsqueda de identidades colectivas e individuales y ayuda a grupos marginales, con la conciencia de que se podía lograr una sociedad más justa.

Además, no fue gratuito que esta experiencia surgiera en Asturias, dadas las condiciones sociales específicas de la región a causa de las tensiones entre capital y trabajo por su desarrollo económico e industrial. Incluso, la misma Iglesia católica fundó colegios en poblaciones de la zona minera, a petición de los dueños de las minas que empezaron a crear vínculos con la clase obrera mediante la promoción de la educación popular. El mismo Altamira escribió en 1901:

la principal misión de la Extensión Universitaria es no tanto instruir, sino educar, es decir elevar el espíritu, abrirle horizontes nuevos, dignificarlo, ponerlo en condiciones para que guste y paladee los grandes goces de la inteligencia que dan a la vida mayores encantos y compensan la monótona y al cabo embrutecedora repetición de un trabajo mecánico casi invariable.¹

La Extensión Universitaria se caracterizó en esta etapa por el auspicio de la burguesía reformista dentro de su estrategia de reforma social y de equilibrio de clase, a la que se sumaron otros grupos de diferentes ideologías, como demócratas, liberales, reformistas e intelectuales universitarios progresistas. En los primeros años hubo una confusión entre las extensiones universitarias replicadas por Francisco Giner de los Ríos en Madrid, la de Vicente Blasco Ibáñez en Valencia —cuyo carácter era eminentemente francés, es decir, fueron creadas por y para el pueblo, y daban enseñanza primaria a la clase obrera— y la de Oviedo, auspiciada por el Estado y la

1 Me parece importante destacar la diferencia que marcó Altamira entre instruir y educar. Según el Diccionario de la Real Academia Española: 'instruir' es "comunicar sistemáticamente ideas, conocimientos o doctrinas", y 'educar' consiste en "desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales del niño o del joven por medio de preceptos, ejercicios, ejemplos, etc." (2019: s/n).

universidad y considerada 'oficialista' (López-Núñez y Lorenzo-Martín, 2009: 157).

La Extensión Universitaria de Oviedo fue un ensayo que sobrevivió hasta 1920 y que no logró captar en realidad a toda la sociedad, particularmente al proletariado, "que siguió viendo a la Universidad como una institución al servicio de la reproducción ideológica de la burguesía" (López-Núñez y Lorenzo-Martín, 2009: 159-160).

EL TERCER CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

En 1908 se celebraron los trescientos años de la fundación de la Universidad de Oviedo. Esta fue la primera vez que la institución cumplió su centenario de manera pacífica, ya que el primero coincidió con la guerra de sucesión, y el segundo, con la de independencia. Por ello, esta tercera ocasión fue un gran evento encabezado por su rector, el historiador Fermín Canella Secades, "que apoyó grandemente las tareas emprendidas por unos pocos profesores, conocidos conjuntamente como *Grupo de Oviedo*, entre quienes destaca Rafael Altamira, y que pusieron en marcha la tarea innovadora e idealista de la Extensión Universitaria que adquirió tintes internacionales" (Quijada Espina, 2016: 488-489).

La respuesta social del pueblo fue parte del éxito y la prensa se volcó en la celebración; la participación superó las expectativas y el festejo sentó las bases del viaje que el profesor Rafael Altamira realizó a América, atraído por la invitación del delegado de la Universidad de La Habana con el fin de estrechar y acrecentar los lazos culturales hispanoamericanistas (Altamira y Crevea, 1911a: 674).

Como ya se mencionó, el éxito del centenario se afianzó sobre cimientos populares, pues la universidad sacó sus conocimientos fuera del claustro y los proyectó sobre grupos sociales con dificultades de acceso a la educación mediante la acción de la Extensión Universitaria, sentando las bases de la futura universidad popular.

El proyecto encontró la respuesta a sus esfuerzos pedagógicos en la masiva suscripción que el rector Canella ideó junto con el grupo de Oviedo como mecanismo de financiación, lo cual permitió el desarrollo de un vasto programa académico, cultural y religioso.

A la ceremonia inaugural asistieron el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en nombre del rey, obispos, rectores de otras universidades de la Península y representantes de varias universidades extranjeras, como las de La Habana, México, Colombia y algunas de Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

Fue una celebración que rindió homenaje a los personajes que fundaron la Universidad de Oviedo y “que miró al pasado ilustre pero también puso la mira en un futuro inmediato que viajó al resto de España y hacia América” (Quijada Espina, 2016: 503).

RAFAEL ALTAMIRA Y AMÉRICA

El afecto americanista de Rafael Altamira se reforzó gracias al marcado interés hacia este continente por parte de la Universidad de Oviedo, de la cual fue profesor desde 1898. A principios del siglo XX, con el antecedente de la labor intelectual del cubano Rafael de Labra —quien apoyó la creación de la Extensión Universitaria ovetense, donde enseñó Historia Contemporánea, Derecho y, además, fue presidente de la Sociedad Abolicionista Española— la universidad decidió enviar al Dr. Altamira como su representante para restablecer los vínculos intelectuales entre España y América, que en aquel momento eran escasos.

Es importante mencionar que esta iniciativa no sólo contó con el apoyo del rector Canella, sino que además tuvo el total respaldo institucional y económico del Estado,² que nombró a

Altamira miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.³

Los lazos del profesor alicantino con América no surgieron repentinamente. Ya en 1895 dirigía la *Revista Crítica de Historia y Literaturas Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*, estableciendo los primeros contactos en este sentido. Para 1900, con varios trabajos nuevos y colaboraciones de otros intelectuales compiló la obra *Cuestiones Hispano-americanas*, presentada al Congreso Hispanoamericano celebrado en Madrid; además, participó activamente en la iniciativa propuesta por el rector Canella, que buscó estrechar los vínculos culturales e intelectuales con Latinoamérica.

En 1905 surgió la idea, propuesta por Altamira, de fundar en Salamanca una Universidad Hispanoamericana que atrajera a los estudiantes latinoamericanos que comúnmente asistían a centros de estudios de Francia o de Europa central. El proyecto no prosperó, sobre todo por falta de recursos financieros. Finalmente, en 1908 Altamira expuso un programa de intercambio de profesorado que acogieron la Universidad de La Habana y el rectorado ovetense.

El viaje de Altamira sirvió como puente institucional entre universidades. El intelectual trató aspectos referentes a la metodología y el desarrollo de las ciencias sociales de cara al siglo XX, y constató el interés académico de España por Latinoamérica al margen de cualquier connotación colonialista. También entabló contacto con universidades de Estados Unidos, a pesar de las inexistentes relaciones entre ambos países tras la guerra hispano-estadunidense de 1898. Sin embargo, dicha visita fue “estrictamente personal gracias a la invitación de la American Historical Association, para asistir al Congreso Histórico Nacional celebrado en Nueva York en 1909” (López-Núñez y Lorenzo-Martín, 2009: 157).

2 Resulta pertinente recordar que la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo contó con el apoyo económico del Estado, a diferencia de la Extensión Universitaria de Madrid y Valencia, que no lo tenían.

3 María Dolores Domingo Acebrón, investigadora de la Universidad Complutense de Madrid y especialista en historia de América, sostiene que el apoyo económico para el viaje fue costado por las universidades visitadas en este continente (2007: 157).

Este periplo marcó un giro que ayudó a mejorar los contactos entre España y América, precarios desde la independencia de las primeras repúblicas iberoamericanas a principios del siglo XIX, pero que se acabaron de fracturar tras el Tratado de París de 1898. Durante su trayecto, el profesor Altamira fue honrado por varias universidades que lo distinguieron con el nombramiento de doctor *honoris causa*, entre ellas las de México, La Habana, La Plata, Santiago, Lima y Colombia, lo que deja ver la buena acogida que tuvieron sus propuestas.

A su regreso a España, Altamira fue llamado por el rey Alfonso XIII para que le comunicara los resultados del recorrido; y aunque el intelectual pertenecía al Partido Republicano, esto no impidió que aceptara la invitación del monarca para rendirle un informe. Lo anterior reforzó la idea de que este primer viaje de un miembro de una universidad española a sus símiles hispanoamericanas debía tener una proyección nacional y patriótica que representara a todos los españoles.

Tras el trayecto americano, el alicantino fundó el Seminario de Historia Contemporánea de América y España en el Centro de Estudios Históricos de Oviedo, que funcionó entre 1911 y 1914. Desde ese mismo año ocupó la cátedra de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América en la Universidad de Madrid.

De manera concreta, durante 1910 Altamira propuso en España una serie de medidas de largo alcance para restablecer las relaciones culturales con Hispanoamérica, entre las que destacan:

- Crédito especial para favorecer el intercambio académico de profesores.
- Envío de becados para estudiar los diferentes aspectos de la vida social, económica, intelectual y pedagógica de América.
- Intercambio de material pedagógico y trabajo escolar interuniversitario.
- Creación en España de una escuela para inmigrantes.
- Establecimiento en Madrid de un centro oficial de relaciones hispanoamericanas.
- Franquicia de aduanas para los libros y material de enseñanza.
- Mejora y modernización del Archivo de Indias.
- Creación en la Universidad de Oviedo de una sección americanista para el estudio y la mejor comprensión de Hispanoamérica (Altamira y Crevea, 1911b: 50-51).

El diálogo de Altamira con las élites intelectuales americanas tuvo éxito y dio frutos gracias a que éstas vieron en el enviado de la Universidad de Oviedo a un verdadero representante del hispanismo liberal. Sin embargo, todavía existía la duda de que representara realmente el sentir generalizado del entorno cultural y político español. Para ello, Altamira explicó que España ya no era una sociedad oscurantista y medieval, sino más bien progresista; además evitó hablar acerca de temas de la política española o americana, enfocándose en aspectos culturales e intelectuales mutuos y en las ventajas de una retroalimentación entre ambas partes.

Los discursos pronunciados por las autoridades de los centros universitarios americanos dejan ver el interés académico por conocer la propuesta de Altamira; por ejemplo, el presidente de la Universidad de La Plata en Argentina, Joaquín Víctor González, “exaltó la cooperación de la noble ciencia europea, representada por un maestro ilustre conductor de la España Nueva” (Altamira y Crevea, 1911b: 55). A pesar de ello, en muchas de las intervenciones se recordó el pasado impuesto por España, aunque se manifestó la esperanza en el futuro; el vicedecano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, Joaquín Carrillo, señaló que “hoy que han disminuido los motivos de las guerras del pasado por la conquista o el vasallaje [...] hoy se difunde un ideal que vincula a las naciones a la federación amistosa que nos visita” (Altamira y Crevea, 1911b: 60).

El profesor uruguayo Carlos María de Pena manifestó el deseo de estrechar “vínculos con la España que deseáis europeizar y, americanizar, con la España Nueva que soñáis” (Altamira y Crevea, 1911b: 67). México mantuvo una postura más crítica; Rodolfo Reyes, miembro de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, afirmó en su discurso que:

el paladín de la ciencia hace hoy mucho más, sí, de lo que hicieron sus compatriotas mandando galeras de oro y plata amasadas con su valor y nuestras lágrimas. Él en cambio va a llevar cargamentos de solidaridad para esa España Nueva, aleccionada por el dolor y el desastre (Altamira y Crevea, 1911b: 92).

En Cuba no se hizo ninguna crítica. Eliseo Giberger, de la Universidad de La Habana, destacó la incorporación tanto de España como de los nuevos Estados independientes de América a la civilización contemporánea, con el fin de elevar el nivel moral e intelectual de las masas.

Todavía con la efervescencia del viaje de Altamira a América, todo era propicio para que el grupo proamericanista de Oviedo se fortaleciera, consolidara su autonomía y alcanzara una organización plural en la que estuvieran representados y coordinaran sus esfuerzos los diferentes sectores, instituciones e intereses intelectuales, culturales, políticos, territoriales y comerciales que lo habían impulsado desde 1898. Sin embargo, el rumbo cambió rápidamente. Los principales impulsores del americanismo español contemplaron cómo el Estado, al mismo tiempo que se interesó en muchos de sus antiguos proyectos, frustró sus intenciones de organizarse autónomamente y su voluntad de orientar racionalmente el giro americanista.

Contra la opinión de Altamira, el gobierno liberal de José Canalejas fortaleció la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), dirigida por Santiago Ramón y Cajal y creada en 1907 en el marco de la ILE. La decisión

del gobierno de fortalecer dicha junta no resultó gratuita, ya que buscó canalizar las nuevas propuestas en materia de política intelectual y científica por medio de una institución reformista ya existente. Así evitó crear nuevas estructuras burocráticas y delegar sus responsabilidades en las corporaciones universitarias, influidas todavía por poderosos sectores conservadores.

Muchas de las propuestas del alicantino fueron modificadas y adaptadas según las propias posibilidades e intereses del Estado, transfiriendo su control a la JAE o al Museo Pedagógico y alejando al intelectual de cualquier participación en su implementación efectiva. Con esta decisión política es posible ver que quien perdió la estafeta proamericanista fue la Universidad de Oviedo, que no consiguió nada de lo que pidió ante el gobierno y el monarca, y sí se vio privada de la docencia altamirana, pues éste no volvió al claustro ovetense.

Don Rafael Altamira, en cambio, obtuvo entre 1910 y 1913 una serie de beneficios laborales, políticos y de honor por sus servicios al país. Fue condecorado con la Orden de Alfonso XII; se incorporó como director de la Sección Metodología de la Historia del Centro de Estudios Históricos dependiente de la JAE; lo designaron inspector general de enseñanza en octubre de 1910 y director general de primera enseñanza en enero de 1911. Fue nombrado miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en marzo de 1912 y fue titular de una cátedra sobre América en la Universidad Complutense en julio de 1914.

Otra tarea política del profesor tras su regreso a España fueron las conversaciones que sostuvo con el Ministro de Justicia y Gracia y de Estado, el también liberal Manuel García Prieto, para crear un Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas en Madrid. Esta acción, de carácter técnico-consultivo, debía tener a su cargo la gestión de los asuntos políticos, presupuestarios, legales, tarifarios, diplomáticos, comerciales, culturales, intelectuales o propagandísticos que afectarían el

desarrollo de las relaciones bilaterales y multilaterales, tanto en la esfera de instituciones públicas como privadas de impacto público, entre las naciones americanas y España. Sin embargo, el proyecto no fructificó (Prado, 2006: 74).

RAFAEL ALTAMIRA Y MÉXICO

El acercamiento a la labor de Rafael Altamira en México durante su primera visita, fechada entre diciembre de 1909 y febrero de 1910, no sólo resulta de especial interés para el estudio de las relaciones intelectuales, académicas y políticas entre España y México, sino que es de gran importancia para los Estudios Latinoamericanos, ya que son pocas las investigaciones hechas en América Latina que analizan las repercusiones que tuvo la obra de este intelectual.

La Junta Directiva del Casino Español presentó a Rafael Altamira ante la sociedad mexicana. El evento se realizó el 16 de diciembre de 1909; acudieron personalidades del mundo cultural y político, entre ellas el presidente Porfirio Díaz. El discurso inaugural lo leyó el presidente de la junta, José Sánchez Ramos, quien habló del intelectual español como 'el eminente jurisconsulto, pensador, sociólogo y colosal Altamira'.

Contar con la presencia del presidente de México fue para el alicantino símbolo de estima hacia España y de la corriente de simpatía entre ambos pueblos. También dio muestras de que su misión, que representaba los intereses de una España liberal y republicana, despertó gran interés en los miembros de la cúpula que gobernaba esta nación americana.

El académico peninsular aclaró que su visita no era a título personal, sino como delegado de la Universidad de Oviedo, para que desde un inicio no se interpretara equivocadamente su intención. Explicó que su universidad no pretendía fungir un papel de maestra ante sus hermanas americanas ni establecer competencias o reivindicaciones, por el contrario, quería aprovechar

aquello olvidado que las unió y que no suscitaba resentimientos en las almas americanas y españolas (Malagón y Zavala, 1971: 17-30).

En su disertación inaugural explicó la misión que lo llevó a tierras americanas, recalcando al mismo tiempo su deseo urgente de entrar a los planteles educativos mexicanos para exponer la postura de la Universidad de Oviedo y compartir la experiencia que tenían los académicos españoles respecto a la formación del espíritu de un pueblo, gracias a la Extensión Universitaria que ya se mencionó anteriormente.

La siguiente conferencia de Altamira, con el título "El ideal de universidad", la dictó en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria y fue la primera que dirigió a los centros educativos mexicanos. Justo Sierra dio inicio al acto, por lo que no fue casual que éste se realizara en la sede de la educación positivista mexicana. El académico español, defensor del papel de la universidad como centro de producción científico-intelectual, presentó una tipología de las universidades, sus características y la labor social que debían realizar. Asimismo, destacó que la base del éxito educativo se encuentra en la disciplina de los estudiantes.

La Universidad Nacional de México fue una iniciativa que Justo Sierra presentó en 1881 y se concretó en 1910 como una medida del gobierno de Porfirio Díaz para modernizar al país, nacionalizar la ciencia, mexicanizar y democratizar el saber. Se constituyó en un momento coyuntural con elementos tradicionales y novedosas ideas; su creación como institución que tiene un espacio propio en la sociedad significó el logro de la estructura de una comunidad cuya identidad está separada del Estado para el ejercicio de la cultura y el conocimiento. Éstos fueron los primeros símbolos con los que se constituyó el imaginario sobre la universidad mexicana.⁴

4 Tradicionalmente, se considera a la Universidad Nacional de México heredera institucional de la Real y Pontificia Universidad de México, creada por Real Cédula del emperador Carlos V el 21 de septiembre de 1551.

Para darle reconocimiento internacional a la Universidad Nacional de México se convocó a los rectores de las universidades de Salamanca, París y California, con el fin de que apadrinaran el acto durante los festejos del centenario de la independencia mexicana. También se invitó al comisionado de Educación y al director de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, al director del Instituto Tecnológico de Massachusetts y al director de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas con sede en Washington D. C. Asimismo,

el presidente de México, Porfirio Díaz, otorgó el doctorado *Honoris Causa* al rey de Italia, Víctor Manuel II, por su heroico amor al pueblo mexicano; al Profesor D. Rafael Altamira y Crevea, por el grande esfuerzo que hizo en pro de la unión intelectual de los países hispanoamericanos, y a ocho personalidades más de la ciencia, la cultura, la política y la filantropía (Sierra, 1948: 422-428).⁵

Con eso se le dio a la universidad mexicana un carácter de formalidad, además, su nacimiento marcó el final de una etapa en el desarrollo de la educación y el comienzo de otra, la modernidad, igual que en los países desarrollados. El hecho de que la institución se inaugurara cuando se cumplían cien años de la independencia del país significaba y pretendía destacar la madurez de la nación para iniciar el paso a la modernidad.

Con la integración de las escuelas nacionales a la Universidad Nacional de México y la definición de los cimientos legales de escenario o núcleo social se oficializó un espacio de cultura, es decir, se legitimó una comunidad con identidad separada del Estado, que luchó por un espacio independiente de educación y saber. El nacimiento de la institución evidenció cambios

5 En la inauguración de la universidad se puede ver el lugar tan importante que Rafael Altamira ocupaba para Justo Sierra, ya que fue el segundo personaje en recibir el doctorado *honoris causa* durante la ceremonia, solamente después del rey de Italia.

en la conformación de la sociedad dentro del mismo gobierno de Díaz.

Las conferencias que Altamira impartió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia fueron importantes porque criticó algunas prácticas de los legalistas y sus planes de estudio. El grupo en el poder durante el porfiriato creía en la ley para asegurar el orden y el progreso. Ésta era vista como la única fuente de derecho, con lo que la impartición de justicia quedó reducida a su aplicación en las situaciones que ella misma preveía. Se concebía que era el resultado del paso de la ley natural a la ley positiva, del derecho natural al derecho positivo, en el que no se consideraban límites impuestos por la historia, la geografía, las barreras fronterizas, así como las distinciones culturales y económicas.

Por ello, en la práctica, la enseñanza del derecho civil, mercantil, penal y procesal se había reducido al estudio de sus respectivos códigos y reglamentos. Rafael Altamira no dudó en dejar ver su deseo de una renovación educativa, sobre todo insistió en que un profesional del derecho no tiene como única función aplicar las leyes y aceptarlas tal como son, principalmente cuando se encuentra con asuntos nuevos o especiales que muchas veces no pueden resolverse apoyándose en los textos legales, aun cuando en México predominó la lectura de los juristas franceses.

Para corregir este error sirvió la cátedra de Historia del Derecho, pues resulta muy importante para la impartición de la justicia en el mundo que los encargados de defenderla y aplicarla se desprendan de la idolatría por el derecho vigente y adquieran la flexibilidad que otorga la observación reflexiva de la realidad cambiante y dependiente de las condiciones históricas del sujeto y de su medio.

Además, Altamira sostuvo que no había que olvidarse de que las leyes que parecían más nuevas y originales tenían precedentes y estaban conformadas por rezagos y supervivencias de legislaciones del pasado. También hizo una comparación entre los planes de estudio de

derecho mexicanos y españoles. El académico propuso complementar la formación de los juristas mexicanos con cursos en España, considerando que la jurisprudencia tiene una función creadora y debe actualizarse.

Otra propuesta de Altamira fue respecto a la cátedra de Derecho Canónico, donde explicó que más allá de cualquier posición filosófica o religiosa, el Estado tenía que mantener relaciones jurídicas con la Iglesia, lo que hacía necesario conocer el derecho de esa institución y sus implicaciones en la vida moderna. Para el alicantino, las costumbres determinaban la manera de vivir y no las leyes; por lo que hizo referencia a las tradiciones indígenas que habían sobrevivido a la conquista y que se habían transformado de alguna manera durante la Colonia por haber chocado con las imposiciones del derecho español. Afirmó que en México era muy importante considerar las costumbres a fin de entender la vida del derecho y sus fenómenos (Sierra, 1948: 422-428).

En este sentido, explicó que “la desigualdad que imperaba en la sociedad se debía al haber aplicado tratamientos iguales a desiguales condiciones en el marco de la omnipotencia de la ley, y de no haber respetado la realidad y las costumbres de los indígenas” (Sierra, 1948: 422-428).

En otra conferencia, el intelectual alicantino habló de las tradiciones heredadas de la Colonia y volvió a tocar aspectos centrales en cuanto a la relación de España con América y el nuevo espíritu español:

No todo lo antiguo es viejo, y hay mucho viejo en lo moderno, lo inadecuado es empeñarse en que siga viviendo lo viejo y en perpetuar errores que ya son vistos como tales por los hombres de hoy, en mantener formas viciosas o deficientes del vivir. Pero tan insensato como eso es rechazar todo lo pasado, confundiendo especies y creyendo que nada hay de útil en lo que una nación hizo antes de ahora. La España vieja no es la del siglo XVI, verbigracia, sino la que quisieran algunos españoles que hoy

fuese, en todo, como en el siglo XVI. La España nueva es la que queriendo, cada día más, vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en tiempos pasados, y que en eso, la mayor fuerza consiste en no romper la tradición, que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida (Altamira y Crevea, 1911b: 78).

Habiendo recorrido ya una parte de América, el discurso de Altamira en México se centró principalmente en los siguientes puntos:

- La rectificación de la leyenda colonial española.
- El valor del idioma común.
- La vindicación de la civilización latina frente a la anglosajona.
- La prevención ante influencias europeas en México y América.
- La posición de España ante la expansión panamericana de Estados Unidos.

Respecto a la supuesta superioridad anglosajona, Altamira ponderó los ensayos *Ariel*, del uruguayo José E. Rodó, y *¿En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones?*, del también uruguayo Víctor Arreguine. Para el español, el texto de Rodó iba más allá de lo que sus páginas decían pues veía el deber que le tocaba cumplir a España en su obra de expansión espiritual (Asín Vergara, 2011: 27-28).

En México, el tema de la universidad figuró en cinco de las diecinueve conferencias que el alicantino dictó. La elección del tópico no se considera gratuita ya que, por un lado, el intelectual enarbolaba la bandera académica de la Universidad de Oviedo y, por otro, desde 1900 tenía una gran amistad con Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, cuando este último estuvo en Madrid junto con Pablo Macedo para asistir al Congreso Social y Económico Hispanoamericano.

Las pláticas de Rafael Altamira en México fueron uno de los mayores estímulos que tuvo Sierra para su proyecto de universidad, mismo que desde hacía años le preocupaba. Expresó Altamira:

Solicitado por el Señor Ministro y por su Subsecretario Ezequiel A. Chávez tuve con ambas autoridades largas conversaciones acerca de diferentes extremos de organización y procedimientos escolares. Recordaré tan sólo los referentes al intercambio universitario, a la tutela y vigilancia de los pensionados en el extranjero, al plan de la futura universidad mexicana y especialmente de la Facultad o grupo de estudios de Letras o Humanidades, a las investigaciones de Historia del Derecho y de Sociología mexicana; a la Extensión Universitaria. El Señor Ministro tuvo la atención de comunicarme una copia del proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional sobre el que emité dictamen privado (Malagón, 1952: 590-602).

Aparte de las conferencias, Altamira visitó, entre otras instituciones, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Biblioteca Nacional, las excavaciones arqueológicas en Teotihuacán, el Liceo Mexicano, el Colegio de la Marina y el *Kindergarten* Spencer, acompañado por el presidente Porfirio Díaz y por Justo Sierra, en su calidad de ministro de Instrucción Pública. También acudió a diferentes primarias de Veracruz y a la Escuela Superior de niños y niñas indígenas en Xochimilco, donde expresó que “deseaba que por medio de la escuela, se levante la raza indígena, hasta el nivel que alcanza la clase más afortunada por la educación para que cada individuo disfrute de los bienes de la civilización” (Malagón, 1952: 590-602).

En cuanto a los resultados prácticos del viaje del académico español, uno de los más logrados fue que se le designó primer catedrático de Historia del Derecho en la recién fundada Universidad Nacional de México. Esto significó un lazo íntimo

y duradero entre la institución mexicana y España (Altamira, 2011: 761).⁶

Por su parte, en 1986 el Dr. en Derecho Rafael Diego-Fernández Sotelo planteó la hipótesis de que se le debía a Altamira durante su visita a México la idea de la fundación y organización de la Escuela Libre de Derecho, al establecerse los estrechos vínculos entre el intelectual español y los fundadores de dicha institución, que al asistir a sus conferencias se contagiaron de sus ideales liberales. Además, Diego-Fernández comparó los planes de estudio y objetivos de la Escuela Libre de Derecho mexicana y de la carrera de Derecho en la Extensión Universitaria de Oviedo, concluyendo que eran casi iguales (Diego-Fernández, 1990: 397-410).

En la década de los cuarenta del siglo XX, México presentó la propuesta al Den norske Nobelkomité para hacer acreedor al profesor Altamira del Premio Nobel de la Paz por su labor indiscutible a favor de la unión y la paz entre los pueblos del mundo. La iniciativa la hizo Isidro Fabela, juez del Tribunal Internacional de La Haya, y la respaldaron Alfonso Reyes, a nombre de El Colegio de México, así como Luis Garrido, exrector de la UNAM. La propuesta tuvo total aceptación en América y Europa (Malagón Barceló, 1951: 451-454).

CONCLUSIONES

El fenómeno americanista en España desencadenó un proceso con consecuencias multifactoriales: por un lado y tras la Guerra España-Estados Unidos de 1898, el fortalecimiento de un influyente movimiento regenerador que instaló en la opinión pública una sensibilidad americanista, la

6 Merece citarse el dato que aporta Pilar Altamira (2011) respecto a que muchos ignoran que la primera estructuración de los planes de estudio de la Universidad Nacional de México fue obra de Rafael Altamira a petición de Justo Sierra, sin embargo, no se encontró ninguna fuente que confirme el dato.

cual empujó a los gobiernos españoles a ampliar su agenda ultramarina. Por otro, a raíz de la agresiva proyección del imperialismo estadounidense, el proceso urgente de reconciliación de las naciones americanas con su identidad hispana. Por último, en consonancia con el fenómeno migratorio de fines del siglo XIX y la rápida organización de las antiguas colonias españolas, la maduración de unas condiciones demográficas y sociales propicias para el reencuentro intelectual de ambos hemisferios de la hispanidad.

La campaña americanista de Altamira comprendió dos fases inseparables: la imagen de España que ofreció al americano, y la de América que propuso al español. Los españoles han manifestado sentimientos opuestos con respecto a su historia, para unos representa la grandeza mayor a que ha podido elevarse este pueblo venido a menos. Para otros, influidos por la leyenda negra, significa la oscuridad de la que es preciso apartarse a fin de renovar la patria y hacerla ocupar un puesto digno en el concierto de las naciones civilizadas.

Como español y americanista, Rafael Altamira propuso una perspectiva histórica diferente al afirmar que el pasado de España contenía, como el de otros pueblos, aciertos y errores; para ello consideró la historia de la colonización de América. Y sin abandonar su esencia republicana y liberal se atrevió a descubrir en el pasado de España la obra de todo un pueblo y no sólo de sus monarcas.

En pocos meses de viaje, el intelectual alicantino logró seducir a la opinión pública latinoamericana con un discurso hispanista, liberal y fraterno. Asimismo logró, con el apoyo de las universidades, las academias y el profesorado, la implementación de mecanismos concretos de intercambio de recursos humanos y materiales; también consiguió movilizar tras de sí a la prensa, a algunas organizaciones de la clase obrera, a los diplomáticos españoles y a las colonias de migrantes; y lo que es más importante, pudo

captar el interés y la participación de las élites políticas e intelectuales americanas.⁷

Mientras que por vez primera en América se recibió con gran interés a la intelectualidad liberal y reformista española, y se escenificó de manera excepcional la reconciliación con la antigua metrópoli, en España el régimen de la Restauración se percató de la importancia de satisfacer muchas de las demandas del pequeño pero dinámico grupo proamericanista, a la vez que sus gobernantes vieron la necesidad de agrupar en torno suyo a sus principales actores, así como de centralizar y controlar aquel movimiento, subordinándolo a las instituciones estatales y a las orientaciones de su política exterior.

Se puede afirmar que con su cruzada americanista Rafael Altamira logró sus objetivos e incluso los sobrepasó, tanto a corto como a largo plazo. Basta citar el recibimiento general que su propuesta tuvo en los círculos académicos de Oviedo, Madrid y los países que visitó; también los vínculos intelectuales y hasta afectivos que estableció tras su visita, los cuales se reflejaron en los honores académicos que le rindieron varias universidades del mundo. Finalmente, resaltan las invitaciones que recibió de diversos países tras su exilio de España en 1936, tras lo cual decidió asentarse definitivamente en México en 1944.

7 La acción de Altamira no se circunscribió solamente a México, sino que abarcó toda Hispanoamérica. Su apertura intelectual se constata en su capacidad de dialogar con académicos que mantenían posturas políticas muy diferentes a la suya (Tau Anzóategui, 1997: 359-360).

REFERENCIAS

- Altamira, Pilar (2011), "Rafael Altamira y su relación con México", en *Memoria del XVII Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, México, Porrúa.
- Altamira y Crevea, Rafael (1911a), *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- Altamira y Crevea, Rafael (1911b), *Organización práctica de las relaciones intelectuales entre España y América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, pp. 50-51.
- Asín Vergara, Rafael (2011), "El proyecto social de Rafael Altamira. Un modelo para la cultura y la comprensión internacional", en José Ferrándiz Lozano y Emilio La Parra López (coords.), *Rafael Altamira: idea y acción hispanoamericana*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 13-54.
- Diego-Fernández, Rafael (1990), "La huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica", *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, año V, núm. 15, pp. 397-410.
- Domingo Acebrón, María Dolores (2007), *Rafael Altamira y Crevea. Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Oviedo, Universidad de Oviedo.
- López-Núñez, Juan Antonio y Manuel Enrique Lorenzo-Martín (2009), "Universidades populares en España y su relación con la universidad suramericana", *Revista Educación y Educadores*, vol. 12, núm. 1, pp. 153-167.
- Malagón Barceló, Javier (1951), "Necrología de Don Rafael Altamira y Crevea", *Revista de la Facultad de Derecho de México*, núm. 1-2, pp. 451-454.
- Malagón, Javier (1952), "Altamira en México", *Historia Mexicana*, vol. 1, núm. 4, pp. 590-602.
- Malagón, Javier y Silvio Zavala (1971), *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Históricas.
- Palacios Morini, Leopoldo (1908), *Las universidades populares*, Valencia, Sempere y Cía., disponible en: <http://filosofia.org/aut/lpm/index.htm>
- Prado, Gustavo Hernán (2006), "La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico", en Gabriela Dalla Corte Caballero, Ariadna Llus i Vidal-Folch y Ferran Camps i Plana (coords.), *De las independencias al Bicentenario. Trabajos presentados al Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas, dedicado a los fondos documentales desde las independencias al bicentenario*, Barcelona, Casa América Catalunya, pp. 71-88.
- Quijada Espina, Ana María (2016), *Tradiciones académicas, ceremonial y protocolo en la Universidad de Oviedo (1608-1908)*, Oviedo, Ediuono.
- Ramos Pérez, Vicente (1968), *Rafael Altamira*, Madrid, Alfaguara.
- Real Academia Española (2019), *Diccionario de la Lengua Española*, disponible en: <https://dle.rae.es/index.html>
- Sierra, Justo (1948), "La educación nacional", en *Obras completas*, vol. VIII, México, UNAM.
- Tau Anzoátegui, Víctor (1997), "Diálogos sobre Derecho indiano entre Altamira y Levene en los años cuarenta", *Anuario de Historia del Derecho Español*, núm. 67, pp. 369-390.

RICARDO ANDRÉS ALFARO MANCERA. Estudió la Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Es un profesional de la Comunicación Social que se ha desempeñado tanto en el sector público como en el privado. Sus principales intereses académicos son la historia de la Iglesia en México, la historia de la vida cotidiana, la literatura, el cine y la música.